



# LA RÁBIDA

REVISTA COLOMBINA IBERO-AMERICANA

Redacción y Administración: SAGASTA, 51

AÑO VII    Huelva 31 de Enero de 1917    Núm. 67

DIRECTOR PROPIETARIO: JOSÉ MARCHENA COLOMBO

## EL MONUMENTO A COLÓN EN SEVILLA

Muy en breve, la estatua del Descubridor del Nuevo Mundo se alzará majestuosa en una de las plazas o paseos de la hermosa y vecina ciudad de Sevilla.

por el colega onubense, pues perpetuar la memoria del Almirante sin asociarla a la de los que lo secundaron en la empresa, encarnada en los nombres de los lugares en que vieron la luz, es como olvidar en la Natividad Cristiana aquel rústico y humilde portal que albergara al Dios Hombre en aquella memorable noche en que entre la pobreza



ARGENTINA.—Casa de Gobierno en la capital de Buenos Aires

Un anónimo comunicante de *El Liberal* de la simpática capital andaluza, propone que en esa estatua figuren los nombres de «La Rábida», «Puerto Palos» y «Moguer», y nuestro estimado colega local *Diario de Huelva*, haciéndose eco de ello, eleva su ruego para que también figuren los de Huelva, Ayamonte, Lepe y Cartaya, que no se mostraron menos pródigos en dar sus hijos para la colosal empresa.

Nada más justo que los deseos exteriorizados

y la caridad de los humildes estaban germinando una nueva civilización. Tan evidente es la justicia del ruego, que hacemos nuestro, que no dudamos en que la hidalga capital hermana se apresurará a recogerlo, pues con ello dará una muestra de cortesía y fraternidad para con nosotros y cumplirá un deber de justicia histórica.

En cuanto a la futura Exposición Sevillana de que se ocupa también el querido colega, aunque por las circunstancias lleva trazas de sufrir gran



demora, no está de más excitar a los onubenses que se apresten a formar en las filas de la Colombina para que robustecida ésta con su concurso, comience a poner los primeros jalones de la parte que en dicho concurso nos corresponde por tantos y tantos justísimos títulos como tenemos.

Para el gran Certamen que se avecina, honor de la región, Huelva debe aspirar a algo más que a verse honrada por la visita de los turistas y para ello precisa que por un esfuerzo colectivo se apreste a ocupar dentro de la Exposición un lugar en que con la noble ejecutoria de su participación en el Descubrimiento ostente la no menos noble de los progresos de su Agricultura, Industria y Comercio.

El pabellón onubense dentro del futuro Certamen daría testimonio de nuestra vitalidad y nos daría a conocer al mundo americano, como un pueblo floreciente y trabajador, digno sucesor de aquellos insignes marinos que con su valor y esfuerzo conquistaron un Continente.

De semejante empresa puede ser portavoz la Colombina, pero su realización depende de todos y solamente contando con el concurso colectivo puede llevarse a feliz término.

A. R. M.



## VARIEDADES

### La República del Ecuador

Bajo el purísimo y luminoso cielo equinoccial, y besada por las ondas del mar Pacífico, despliega, como un abanico fabuloso, en una teoría armónica de los más bellos y diversos paisajes, toda la pompa de su majestad, esta tierra prodigiosa, hija de América y del Sol.

El arco de ese abanico corresponde a su extensa costa, los extremos del varillaje a las fronteras con las Repúblicas de Colombia y el Perú, y el vértice se pierde en el colosal y fabuloso Brasil. En la costa está la América tropical en toda su grandeza: vastas selvas intrincadas y milenarias; ríos anchos y solemnes, una flora de alucinación, una fauna variadísima y pintoresca; ciudades y puertos florecientes destacándose en una decoración de magia, y a orillas de su ancho río, recostada como en una alfombra de esmeralda, la ciudad de Guayaquil, emporio de la República y uno de los puertos más importantes del Nuevo Continente. Avanzando hacia el interior se encuentra la cordillera de los Andes, que se ha abierto en dos ramales que corren de Norte a Sur, formando la más considerable e imponente avenida

de volcanes que existe en el mundo. Allí se alzan, blanco y mayestático, el Cayambe; escarpado y hosco, el Imbabura; abrumador y grandioso, el Cotacache; sombrío y brumoso, el Mojanda; legendario e imponente, el Pichincha; humeante y trágico, el Cotopaxi; bello y armonioso, el Tungurahua; desquiciado y múltiple, el Altar; llameante y amenazador, el Sangay, y dominándolo todo, tocando ya en las nubes, deslumbradora y soberbia, la cúpula eterna del sublime Chimborazo.

La doble cadena de los Andes, en su paralelismo armónico, levanta con sus enormes moles el territorio en una vasta extensión ocupada por mesetas y valles deliciosos, parajes de égloga e idilio, floreciendo en perpetua primavera. Las dos sierras andinas son el sistema dorsal del Ecuador: allí radica el centro de gravedad del país. Es la región más poblada, teniendo escalonadas ciudades de mucha importancia. Empezando por el Setentrión, encontramos Ibarra, ciudad de ensueño, serena y dulce, adurmiéndose a la sombra de sus palmeras, que cabecean al soplo de la brisa perfumada, como queriendo besar el blanco caserío; la legendaria ciudad de Quito, corte de Atahualpa en la época caucásica, asiento de la Presidencia en la colonia, una de las tres capitales de la Gran Colombia y metrópoli hoy de la República del Ecuador, ciudad insigne que, como un nido de águilas, se asienta en plena cordillera andina, en uno de los flancos del volcán Pichincha, cuyas cumbres inhiestas sirven de obscuro fondo a la pompa imponente de esta ciudad, toda llena de cúpulas que se elevan, de campanarios que cantan, de agujas que suben al cielo. Luego, apacible y callada, como humillada por el trágico volcán a cuyas plantas se asienta, y que tantas veces ha vomitado fuego sobre ella, se encuentra la ciudad de Latacunga; sigue en un valle nemoroso, dominada por un monte blanco y de tal perfección cónica que parece moldeado con esmero por la mano del Supremo Artífice, a orillas de un río que pasa cantando, la ciudad de Ambato, pequeña en extensión, pero grande, por haber sido señalada por el Destino para cuna de uno de los más egregios maestros del pensamiento americano, que por tal es considerado Juan Montalvo, aquel genio que acometió y realizó pasmosamente la más descomunal empresa literaria que desde el principio de la era cervantina pudo intentarse: de continuar el *Quijote*, escribiendo los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, imitación del libro inimitable, piedra angular de la gloria de su autor y el libro clásico por excelencia de la literatura ecuatoriana. Viene después Riobamba, noble ciudad ancha y serena que se asienta en una dilatada planicie, cu-



yo horizonte inmenso, cerrado por nevadas ingentes, presenta perspectivas que apenas tendrán rival en el mundo por lo soberbias y grandiosas.

La capital de la República y estas ciudades se comunican entre sí y con el mar por un ferrocarril que, partiendo de la orilla izquierda del río Guayas, frente a Guayaquil, se dirige hacia el interior, escala—titán de fuego—la cordillera de los Andes, por cuya sierra escarpada cabalga triunfante, hasta llegar a Quito, después de salvar alturas superiores a 3.000 metros. Al Sur, quedan Cuenca, envuelta en un ambiente universitario y literario, y Loja, ciudad próspera y floreciente, rodeada de una campiña varia y riquísima. Y al Oriente, en toda la enorme extensión comprendida entre los ríos Caquetá y Amazonas, entre la cordillera andina y el Brasil, se dilata una región fabulosa de centenares de miles de kilómetros cuadrados, cubierta de bosques milenarios, regada por uno de los sistemas fluviales más importantes de América, guardando, inexplorados, los más preciosos productos vegetales y minerales del mundo, y apenas habitada por el hombre. Esa misteriosa región de maravilla es el Ecuador del porvenir, la que nutrirá generosamente a una gran parte de la humanidad futura, cuando la corriente emigratoria europea se encauce hacia esa región pródiga, que parece esperar el esfuerzo humano para hacerle entrega de sus tesoros inagotables. Es el Oriente, ecuatoriano, el Dorado famoso, la alucinante comarca del oro que los españoles persiguieron como una visión...

En este escenario de maravilla, la sublime e ininterrumpida acción que supone la marcha evolutiva del pensamiento humano ha tenido grandes actores. Desde la época de la colonización española, en que empezó a cuajar la verdadera nacionalidad, el Ecuador ha producido hombres insignes por los dones del espíritu. Si me pusiera a citar a todos, la lista sería larguísima; mencionaré sólo a los representativos, a aquellos cuya personalidad señala una corriente, representa un grupo, encarna una época. Entre éstos, encontramos a los sabios Pedro Vicente Maldonado y Eugenio de Santa Cruz y Espejo, que condensaron en sus mentalidades todo el saber de la Colonia; a José Mexía y Lequerica, verbo de la Democracia en las inmortales Cortes de Cádiz; a Olmedo, el pindárico cantor de la Independencia; a Bocafuerte y García Moreno, estadistas famosos; a Montalvo, artífice incomparable del idioma y maestro excelso del pensamiento hispanoamericano.

**César E. Arroyo**

Cónsul de la República del Ecuador



UN PENSADOR

## Miguel de Unamuno

Falta España de pensadores, una vez desaparecidos Pi y Margall y Costa, sólo nos resta uno por registrar, que sin ser armónico en su obra como éstos, ni disponer de un programa ni una orientación definida que lo caracterice, puede parangonarse sin desdoro para los muertos ilustres: Miguel de Unamuno, el agorero escéptico de nuestro fatal destino, es el que forma la gloriosa triada por la que se le reconoce a España ante el mundo una personalidad. Suprimir estas tres figuras de un siglo, y España quedará reducida a la nada. Dejarlas al margen de la historia desatendiendo sus consejos como lo hemos hecho, es divorciarnos de Europa para firmar nuestra sentencia de muerte y caer en un ostracismo larvado y envilecedor.

Difícilmente paren los siglos, hombres, cumbres de este temple, y si por caprichos del Destino nos los entrega altruística y desinteresadamente, nosotros los desdeñamos estigmatizándolos de locos. Por loco y antipatriota se le tuvo a Pi al predicar su evangelio autonomista, y cuando la realidad nos puso de manifiesto con la pérdida de las colonias la magnitud de la catástrofe para España, hubo un movimiento de opinión para reivindicar nuestros yerros. Pero el «ábrego español» que no viene del desierto como cree Unamuno, sino que nace de nuestra indolencia y de nuestra peculiar idiosincrasia, muy pronto agostó nuestros deseos.

¿Qué fué el manifiesto de la Cámara del Alto Aragón en el 98, sino los prolegómenos de un resurgir de España si ésta se hubiera hallado con pulso? Pero Costa, esprimiendo su potente cerebro de estadista en aquel programa de Europeísmo, y llamando primeramente a los altos Poderes para que acogiesen sus iniciativas, no hizo más que perder el tiempo. Debió recurrir a la conciencia de la muchedumbre, si es que a ésta le quedaba algún sedimento de hombría, antes de caer en el escepticismo, y pronunciar sus fatídicas frases (para dar expansión a la fiera de su gran odio), de que «España es un país de eunucos». Hubiera sido lo más acertado, pero tal vez, la hubiera encontrado tan anquilosada su virilidad como él se encontraba de cuerpo.

Los destinos de las naciones tienen sus momentos propicios a la grandeza, que de no aprovecharlos, se ven sujetos a una vida lánguida y tormentosa. España, desaprovechando la fiebre de inquietud al finar el siglo XIX, y haciendo es-



fuerzos sobrehumanos para perpetuar el pasado, rompe con el porvenir y queda aprisionada en las mallas del irredentismo.

El campeón que con más denuedo y entusiasmo hizo oír su voz potente y cáustica, sin desfallecer en el mucho tiempo pasado, es don Miguel de Unamuno. Costa y Pi, traían un programa y por eso fracasaron en sus intentos. Unamuno, no pudo fracasar porque su programa carece de rasgos fundamentales y básicos, pero su labor era indispensable. Para implantar un programa, se necesitan ideas de las que España está en ayunas. Las ideas son los gérmenes imprescindibles para toda labor de engrandecimiento y progreso, y al pretender sin ellas consolidar una obra, es pretender un imposible.

Unamuno es el gran creador de ideas. Los jóvenes y los viejos, les somos deudores de gran caudal de nuestros conocimientos. Su influencia intelectual se hace sentir en todos los ramos del saber, menos en política, porque él también es político a su modo. En el verso es padre espiritual de Pérez de Ayala, como él está influenciado del gran poeta italiano Giacomo Leopardi, pero sin el pesimismo del cantor de «Bruto Mayor». Rompe con todo el ritmo, hace caso omiso de la métrica y sacrifica a la idea lo decorativo y ornamental. En literatura igualmente, es un innovador, no cree en el estilismo de los estetas, aunque resucita vocablos castizos de nuestro idioma, que la pedantería de algunos modernistas habían dejado perder, y cuando se trata de crítica, es corrosivo, valiente, dominando con una maestría el silogismo, que aún defendiendo muchas veces ideas que no son las nuestras, logra imponérsenos con aplastante lógica. En Unamuno nada hay absoluto ni aún los juicios más simples y cerrados; nada es permanente, sus ideas están en flujo y reflujo como la doctrina de Heráclito; ni se cuida del éxito ni lo busca; modesto por excelencia, su eterna obsesión es someter a los cerebros a que piensen y puesto que logra que se le discuta, la obsesión se ha hecho realidad.

Yo lo confieso sin rubor. Corría el año 1905 cuando en un semanario de la Corte titulado la *República de las Letras* comencé a leer a este autor. Tenía ya una aureola de éxito que nadie osaba disputarle, adquirida en abierto concurso con todo lo más saliente de la generación del 98. Influenciado a mis 14 años de una inquietud por saber y atormentado mi espíritu por aquel nombre de Unamuno, lo leía, lo estudiaba con avidez sin lograr entenderlos. Pasaba el tiempo y siempre las culpas de esta incomprensión las atribuía a la deficiencia de mi intelecto, pero cuando la predis-

sición crítica apuntó en mí y con la fogosidad de mis pocos años deserté del estudio de aquella prosa enrevesada y compleja, al faltarme la tranquilidad de temperamento, omnubilada la potencia reflexiva de mi entendimiento, pronto me dí cuenta que la admiración que sentía por el ex-rector de la Universidad de Salamanca, se había convertido en bandera de lucha por una modalidad más clara y positiva, y que sin esfuerzo mental de gran importancia, asimilaba con suma facilidad. Me había convertido a un credo político; había aceptado voluntariamente la «guerra», aunque con un aspecto de extrema rebeldía, y seducido por la literatura de similor de la política, que no habla más que de lo periférico de las cosas (muy al contrario de lo que pasa en los estudios de Unamuno), ví inmediatamente una solapada hipocresía que sublevaba todas mis energías, en los profundos razonamientos de don Miguel. No hace cuatro años, me propuse de nuevo el hacer una revisión de la obra de Unamuno, y sea que mis conocimientos se hallaban más consolidados, sea que cuando se lee (como aconseja Emilio Faguet en su obra «El arte de luz»), despacio y pensando lo que se lee, que las ideas adquiridas por este método, tienen base más inconvencible, que aquellas otras que yo bauticé de hipócritas y falsarias. Entonces Unamuno se me reveló en todo su valor.

Entender a Unamuno requiere saber leer muy bien, leerle despacio y hacerlo con gusto de aprender. Si se lee como otros autores, nos defrauda, al no tener como no tenemos medio de retener tantas ideas, como las que almacena en un corto trabajo. Aprovechemos un símil: así como Enrique Heine hacía de sus grandes penas pequeñas canciones, Unamuno en pequeños trabajos periodísticos, nos sirve grandes ideas.

Así como La Rochefoucauld no encuentra ninguna virtud, cuando las relaciona con el interés, así Unamuno, despreciando todo móvil de interés, preocupándose de la verdad, la busca con ahinco haciendo de la tenacidad y perseverancia un culto. El culto este a la verdad, en la obra de Unamuno, consiste en disolver, en diluir una virtud cualquiera, en los defectos que la rodean.

Hay más todavía. Cuando cree hallarse en posesión de algo verdadero, indubitable; cuando más claro quiere manifestarse, entonces temeroso de caer en el dogma dejando sin alas el pensamiento, vuelve desmenuzando la idea al punto de partida.

Todos los autores tienen una idea general, una idea madre, de donde se desprenden todas las demás. «Las ideas fuerza» de Fouille, o el «Imperativo categórico» de Kant, o la «Cosa en sí»



de Hegel, todas ellas son tendenciosas y parciales, de donde se sigue, en la investigación de la verdad con los criterios cerrados y permanentes, obstáculos insuperables y juicios erróneos. Abierto a toda innovación el espíritu de Unamuno inquieto, inquisitivo, incansable en la observación, y analítico en la forma, rompe con todo freno, de cuya estática nace la quietud y la muerte, precipi-

tándose en la vorágine del mundo del pensar, con denuedo, con entusiasmo y con valentía. Moliere moderno, que caricaturizando los vicios de una época, sirve a su patria como ningún otro, riendo bajo el llanto de su prosa festivo-trágica.

Agustín Sánchez

Valencia, 24-12 916.



CHILE.—Santiago: Cuartel de la Policía

#### FRAGMENTOS DEL BELLO LIBRO

### “LA SOLEDAD SONORA”

#### XXIII

El cielo azul endulza las penas y las cosas,  
ya pasada la lluvia y ya el trueno lejano,  
cuando de la ventana abierta hacia las rosas  
surge la voz sonora y limpia de un piano...

Las manos se refrescan por las mojadas flores  
carnosas sobre el tierno verdor de la pradera,  
el agua corre más y todos los colores  
resucitan en una tardía primavera.

Tras la fronda, el ocaso florece en su agonía,  
la hoja seca del cielo, como una rosa, arde,

mientras torna al palacio de su melancolía  
el pensamiento, puro y fresco cual la tarde.

#### XXIV

Luna, fuente de plata en el prado del cielo;  
tu surtidor florece hasta Dios? Rosas bellas  
adornan, azulmente, tu blanco desconsuelo?  
te derramas, llorando, en divinas estrellas?

O margaritas tiernas esmaltan tus agrestes  
laberintos de luces, de esencias, de colores?  
eres el sol de las primaveras celestes  
todas llenas de tristes y cristalinas flores?

Tu agua surte de ti? eres agua? eres pena?  
tienes una mujer en tu linfa doliente?  
lloras, y no te oigo, nostálgica azucena,  
mujer, sueño de plata, lirio encendido, fuente?



## XXV

Arbol, ante el callado rumor que al viento haces  
con tus ramas de pájaros, yo no sé lo que quieres...  
si entre las alegrías del invierno renaces  
o si entre las tristezas del estío te mueres...

Quién rige tu armonía constante? quién ordena  
la permanencia de tu eterna maravilla?  
iguales son, en tí, la alegría y la pena...  
dulce es lo que en tí cae, dulce lo que en tí brilla.

Con qué sueño hila Dios tu mayor hermosura?  
cuál es el ornamento de tus días mejores?  
tu gala de hojas secas, tu pompa de verdura,  
tu corpiño de nieve, o tu manto de flores?

## XXVI

La tarde llora en sus dolientes transparencias  
nostalgias reales. Mecen los cipreses un brillo  
verdeoro, preñado de agonías y ausencias...  
este olor de arrayán! este sol amarillo!

El palacio es de oro; es áurea la fragancia;  
dorados son los montes... y el corazón de oro  
arrastra por las piedras de la imperial estancia  
la dulce pompa lírica de su otoñal tesoro...

Sueños con alas son las aves del paisaje  
y en troncos abrazados con rosas hacen nido,  
mientras en un ocaso de armonía y de encaje  
arden ciudades viejas de ilusión y de olvido!

## XXVII

Noche de primavera, con tu luna y tus flores  
me duermes de ilusión, de paz y de sonrisa,  
me das, en las ventajas de lo azul, los colores  
cerrados, agua y cielo, noche! diamante y brisa.

Y es tu jardín de sueño un poeta dormido...  
la niebla está en los ojos, la muerte en los umbrales,  
pero en el corazón melodioso y florido  
hay abierta una aurora de sol y de cristales!

## XXVIII

**Domingo de primavera**

Un pájaro, en la lírica calma del mediodía,  
canta bajo los mármoles del palacio sonoro;  
sueña el sol vivos fuegos en la cristalería,  
en la fuente abre el agua su cantinela de oro.

Es una fiesta clara con eco cristalino:  
en el mármol, el pájaro; las rosas en la fuente;  
garganta fresca y dura! azul, dulce, argentino  
llorar, sobre la flor satinada y reciente!

En un ensueño real, voy, colmado de gracia,  
soñando, sonriendo, por las radiantes losas,  
hinchida el alma de la pura aristocracia  
de la fuente, del pájaro, del olor de las rosas...

## XXIX

La casa abandonada del remanso del río,  
nido de ausencia entre ruinas otoñales,  
frente al ocaso de oro se entibia lo vacío  
y en una fiesta triste enciende sus cristales.

Rosales olvidados la cercan de tristeza,  
de rosa y de fragancia; algún lagarto verde  
duerme a su sol, y el aire le evoca la belleza  
de lo que se deshoja y de lo que se pierde...

...En aquel tiempo en que eras paraíso de alegría  
y de amor, arrullado por aguas y verdoros,  
casa vieja y sin alma, oh, cómo se vería  
caer la tarde de oro desde tus miradores!

Juan R. Jiménez



## El Cristo a la Gineta

Después del Cristo de Paz, hubo menester la  
humana historia del Cristo Guerrero, y entonces  
naciste tú, don Quijote. Cristo militante, Cristo  
con armas, implica contradicción; de donde nace,  
en parte, lo cómico de tu figura y también lo que  
sublime hay en ella. Atribuyeron a Cristo casta  
real, dijeron que era de la sangre de David; y tú  
conjeturaste que había de suceder igual cosa  
còntigo.—«Podría ser ¡oh Sancho!—dijiste—que  
el sabio que escribiese mi historia deslindase de  
tal manera mi parentela y descendencia, que me  
hallase quinto o sexto nieto de rey.»

Nació Cristo en aldea humilde, a la que para  
siempre levantó de la oscuridad su cuna. Lugareño  
fuiste tú también y sólo por tí vive en la memoria  
del mundo Argamasilla.

Cuando se aludía a El por su nacimiento, no  
se vinculaba a su nombre el de su pueblo, sino el  
de su región; el «Galileo», se le llamaba. Como  
tú tomaste para añadir a tu nombre el de la comarca  
de que eras, el del viejo Campo Esportuario: la «Mancha»  
de los moros. Él, antes de poner por obra nuestra  
redención, quiso ser consagrado por manos del Bautista;  
como tú, antes de arrojar a no muy menores empresas,  
quisiste recibir el espaldarazo. Cuarenta días la pescozada  
y el espaldarazo. Cuarenta días y cuarenta noches pasó  
Él en el retiro del Desierto; y tú, en tu penitencia  
de Sierra Morena, pasaras otros tantos, a no sacarte  
de allí maquinaciones de los hombres. Rameras  
hubo a su lado y las purificó su santidad; como a tu  
lado, y transfiguradas por tu gentileza, maritornes  
y mozas del partido. Él dijo: «Bienaventurados los que  
padecen persecución por la



justicia», y tú, pasando del dicho al hecho, temerario, trozaste la cadena a los galeotes. Él atraía y retenía a su cohorte con la promesa del reino de los cielos; como tú a la cohorte tuya —unipersonal, pero representativa del pululante «coro» humano — con la promesa del gobierno de la Ínsula. Si enfermos sanó Él, tú valiste a agraviados y menesterosos. Si Él conjuró los espíritus en los endemoniados, a tí te preocupó el remediar encantamientos. Ni a Él quiso reconocerle el sentido común como Mesías, ni a tí como caballero andante. Burla y escarnio hicieron de su mesianismo, como de tu caballería: y si la madre y los hermanos del Maestro le buscaban para disuadirle, a los que hubo de decir: «No tengo madre ni hermanos», bien se te opusieron y te estorbaron, en tu casa, tu ama y tu sobrina.

Cuando desbaratas el retablo del titiritero, donde lo heróico se rebajaba a charlatanería de juglar, haces como el que echó por tierra las mesas de los mercaderes y las sillas de los vendedores de palomas. Indígnanse los sacerdotes de Jerusalén, porque ven que festeja la multitud a Cristo; y porque a tí te festejan en casa de los duques, se indigna un ensoberbecido y necio clérigo. Y es tu Jerusalén la casa de los duques; allí, después de festejarte, padeces persecución; allí te befan; allí te llenan de ignominia. Como Pedro al Maestro, Sancho, hechura tuya, te niega, cuando con cobarde sigilo llega a confesar a la duquesa lo que el vulgo llama tu locura. El letrado que en Barcelona cosen a tu espalda es el «Este es el Rey de los judíos», con que se te expone a la irrisión. Un publicano, San Mateo, escribió el Evangelio de Cristo, y otro publicano, Miguel de Cervantes, tu Evangelio.

Dos naturalezas había en tí, como en el Redentor; la divina, de don Quijote; la humana, de Alonso Quijano, el Bueno. Murió Alonso Quijano y para otros quedaron su hacienda y las ramas y el rocín flaco y el galgo corredor. Pero tú, don Quijote, tú, si moriste, resucitaste al tercer día, no para subir al cielo, sino para proseguir y consumir tus aventuras gloriosas. Y aún andas por el mundo, aunque invisible y ubicuo; y aun deshaces agravios y enderezas entuertos, y tienes guerras con encantadores y favoreces a los débiles, los necesitados y los humildes. ¡Oh, sublime don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo-León, Cristo a la gineteta!...

**José Enrique Rodó**

(Del libro *El Mirador de Próspero*.)



## Los triunfos de la Raza

### Cifras argentinas elocuentes

Con verdadero gusto damos a conocer a nuestros lectores el brillante artículo que en *El Debate* publica el entusiasta americanista y culto escritor señor Navarro Lamarca.

La fé inquebrantable que de antiguo tenemos sobre el porvenir de la Raza hispana se vigoriza con la lectura de los datos que nos proporciona el distinguido articulista y nos hace alentar grandes esperanzas en el triunfo del ideal ibero-americano.

\* \* \*

El mundo está dividido en dos clases de seres: los que tienen dinero y los que no lo tienen. Estos últimos apenas si somos hombres. Los privilegiados de la diosa Fortuna suelen llamarnos diablos, «pobres diablos». Y a fé mía que se equivocan, porque el dinero no es, a veces, sino una especie de señal que Dios pone a los insignificantes para que no se pierdan en la creación, como cuando ponemos a una pequeña llavecita una cinta muy grande. Además, no es la pobreza, sino la riqueza, la que tiene algo de diabólico. Muchos se matan para adquirirla, y los que la consiguen suelen morir espiritualmente al gozarla.

Cuanto más avanzo en la vida, más me convengo del valor de la pobreza y del sufrimiento. Existimos en cuanto sufrimos. No somos grandes sino en presencia del dolor y de la muerte. Nada hay más fecundo que los largos silencios del dolor; nada que descubra mejor el verdadero sentido de la vida. El dolor, para el mundo antiguo, fué una especie de cristianismo interior o de preparación evangélica. Jesucristo lo consagró eternamente en la Cruz. Es la última palabra divina.

El dolor ensalza y viriliza a los pueblos lo mismo que a los hombres. El oro, en cambio, los materializa y los enerva. Hasta bien avanzado el siglo XVIII, las riquezas del Perú deslumbraron a nuestros monarcas. Lima fué privilegiada y mimadísima. No hubo ciudad en América del Sur más opulenta y gastosa que la brillante «Ciudad de los Reyes». Para los españoles del siglo XVI y XVII, «El Dorado» estaba principalmente en el Perú. Las flotas y los galeones volvían de sus costas con riquísimos cargamentos. El dinero sobraba en las arcas públicas; todos holgaban y gozaban y eran ricos. Las «huacas» incásicas rendían fácil botín a sus felices descubridores; los «quintos» de oro y plata de las minas ascendían a sumas enormes.

Esta abundancia de oro produjo letales efectos.



Los tesoros que de Indias vinieron a España pasaron por ella, como por un canal, a manos extranjeras, y nos empobrecieron, aniquilando nuestras industrias. La raza olvidó que era hija del dolor y del sacrificio y dejó de luchar. Durante dos siglos estuvimos encostrando sin mezcla el edificio colonial del Perú y jaharrando sus paredes con barro suelto. No las trabajamos suficientemente con argamasa de sudor y de lágrimas y el edificio vaciló. Se eclipsaron las gloriosas figuras de los conquistadores del siglo XVI, y surgieron los mercaderes sin escrúpulos, los burócratas insaciables, los oficiales reales, que se enriquecían con el contrabando; los oidores, que negociaban descaradamente sus justicias; los corregidores sin conciencia, de los cuales el más recto — como decía Solórzano en su *Política indiana* — era más repelador que zarza espinosa.

En las márgenes del Plata, en cambio, vivieron los colonos españoles pobre y duramente. Allí no había oro ni plata. El fantástico «rey blanco» buscado con ansia por los conquistadores, sólo existió en sus imaginaciones calenturientas. Fué desastroso el fin de la armada de Gaboto. El gran Solís pereció asesinado cruelmente por los indígenas. Los soldados de Mendoza y de Irala, que buscando pan de trastrogo llegaron a las regiones argentinas, sólo encontraron en ellas hambre y penurias. En vez de pellas de doblones tuvieron en sus tiendas cazuelas holgazanas y tristes ollas de vagabundo. Estaban tan escualidos — dice un cronista — que podían saltar por un arco como perros de rezadores.

El misérrimo Buenos Aires de los siglos XVI y XVII creció olvidado por los monarcas. Las ciudades mediterráneas argentinas fueron escenarios de sangre, de anarquía y de violencias. Los heroicos colonos del Río de la Plata vivieron, en fin, hasta bien entrado el siglo XVIII, con la vida colgada ante sus ojos. Fueron caballeros andantes del dolor. Recibieron el espaldarazo de la miseria y la pescozada del sufrimiento.

Así retempladas en el yunque del sufrir, las clases cultas de las regiones argentinas pudieron conservarse puras, abnegadas y fieles a sus tradiciones, y hasta el «gaucho» mismo, el bravo y melancólico centauro de las llanuras, producto genuino de nuestra raza ibérica, modificada por el ambiente, fué una especie de conquistador desterrado. No conoció el miedo. En sus fogarines habló de riñas y vestigios como los monteros del rey Don Sancho, y de amores como nuestros escuderos medioevales. Su rancho fué una continuación del vivac de los soldados de Garay o de Cabeza de Vaca. Amó siempre, peleó siempre, se sacrifi-

có siempre. Fué romántico, audaz, gentil y desordenado. Guardó en su pecho el numen de nuestros trovadores, y hasta en sus vicios y en su altivez bárbara puso un sello de caballeresco españolismo.

Cuando los ministros de Carlos III (1776-78) crearon el virreinato del Río de la Plata y dictaron la célebre *Progmática del comercio libre*, en la primitiva ciudad de Buenos Aires vivían apenas 10.000 almas. Pocos años después la mísera y desgraciada colonia se había convertido en importantísimo mercado colonial y puerta obligada por donde salían del Perú, Chile, Paraguay, etc., los productos a exportar y entraban a dichas regiones los importados de los puertos declarados francos en España y en Indias.

Desde entonces hasta hoy fué asombrosa la evolución comercial argentina, y la sangre, la anarquía, las terribles luchas de formación, las trágicas convulsiones políticas no la detuvieron, porque el alma de la raza se había mantenido vivaz en lo más profundo de sus abatimientos, como se mantuvo la del pueblo hebreo en tanto fué leal a la vocación sublime del Eterno para preparar las tierras de Sem a los hijos de los hombres.

Tengo a la vista recientes datos que demuestran el desarrollo económico de la República Argentina en los últimos veinte años. Son tan elocuentes, que no resisto la tentación de copiar algunos de ellos. En el año 1890 el total del comercio argentino fué de 243.059.805 pesos oro. En el año 1913 se elevó hasta 904.857.089. Los ferrocarriles argentinos estaban representados en el año 1890 por una extensión de 8.113 kilómetros, que representaban un capital aproximado de 346.493.054 pesos oro. En el año 1915 llegó esta extensión a 35.432, que representan un capital aproximado de 1.500.000.000. En el año de 1890 la navegación argentina acusó una entrada de 7.047 vapores. En el año 1913 entraron en Buenos Aires más de 14.000. En el año de 1891 produjeron los campos argentinos 845.000 toneladas de trigo, de un valor de 34.898.000 pesos oro. En 1915 la cosecha de trigo fué de 4.604.000 toneladas, que representan un valor total de 243.137.000 pesos oro.

Ante estos extraordinarios progresos de la República Argentina, que celebrar debemos como propios, porque a ellos han contribuido miles y miles de españoles con su trabajo, su inteligencia y sus sacrificios, no puedo menos de sentirme optimista, de tener fé en mi pueblo y en mi raza. Y me importa poco, o más bien deseo virilmente, que el mañana, pródigo rey del país de nuestros sueños, traiga en su manto azul, lleno de oro, de



flores y de estrellas, un poco de dolor y unas pocas de lágrimas.

Navarro Lamarca



## TEATRO MUNICIPAL

### CONFERENCIA DE ZAMACOIS

Anoche tuvo efecto en el Teatro Municipal la primera de las conferencias del insigne novelista Eduardo Zamacois.

Una vez más la sociedad de San Juan, movida a impulsos de su hospitalidad generosa y de amor a su raza, acudió al coliseo llenando todos sus palcos y butacas, a punto tal, que muchas personas tuvieron que permanecer en pie por no haber conseguido localidad.

Allí vimos a lo más elegante de las damas portorriqueñas y a los más distinguidos caballeros de San Juan, anhelosos todos de oír el relato que viene de la casa solariega y que, por así decirlo, nos trae a España en unas cintas de cinematógrafo, y en la palabra ingenua de un notable escritor.

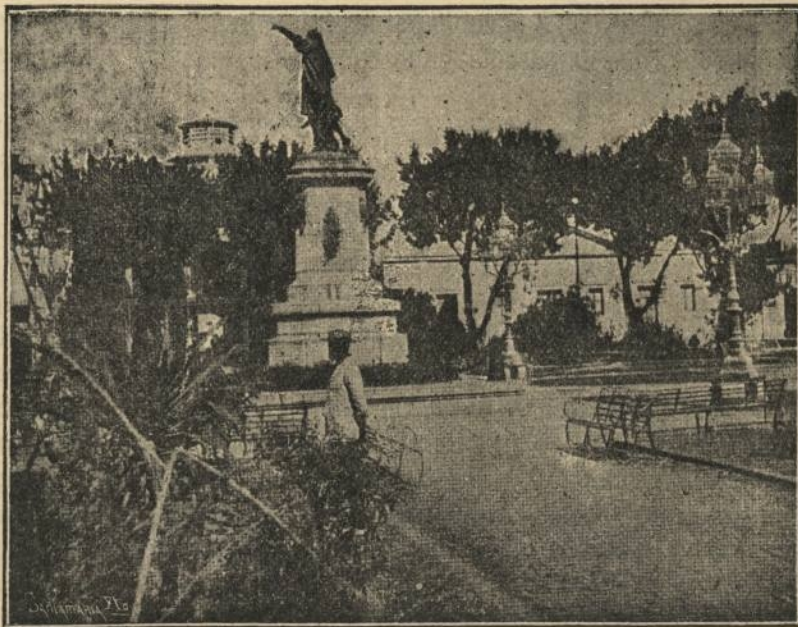
Empezó el señor Zamacois con un breve exordio, cuyas sencillas y familiares frases comprobaron una vez más que la modestia es patrimonio de los hombres de valer, abordando desde luego el tema de la conferencia «Mis Contemporáneos» con la firmeza del que conoce muy a fondo lo que va a tratar, de lo que nos dió muy sobradas pruebas el ilustre conferenciante.

El primero que nos presentó como maestro de los escritores españoles, fué don Benito Pérez Galdós. Hizo mención de varias de sus novelas, sin podernos referir nada respecto de su vida juvenil, de sus peripecias, de sus amores, porque dice que el gran maestro es impenetrable, algo así como un armario cerrado, del que se ha perdido la llave. Después nos lo presenta gráficamente, por medio de vistas fijas y animadas, unas veces bajando de su hotel de Madrid a los jardines del mismo, otras paseando por las calles de la Corte, y otras, en fin, en su hotel del Sardinero (Santander), donde los barcos españoles acostumbran rendirle su homenaje de admiración y de cariño haciendo sonar la sirena al pasar, a lo que contesta siempre el Secretario de don Benito agitando la bandera española.

A continuación nos describe a don Ramón del

Valle Inclán, nos habla de su estilo, de sus varias novelas, nos refiere algunas anécdotas y termina presentándolo en película en su propia cama, que es donde siempre escribe este hombre singular, que tanto se esmera en la belleza de la forma en sus escritos.

Pasó a hablarnos de Pío Baroja. Dice que es más bien un pensador que un escritor; detalla sus novelas, demostrando (como en las de los demás) un acabado conocimiento de ellas. Manifiesta que las novelas de este autor se desarrollan todas en la misma forma. Nos lo presenta también en película trabajando en su despacho y luego en



SANTO DOMINGO.—Plaza de Colón

otro local, acompañado de su señora madre.

Prosigue la conferencia tratando de don Felipe Trigo, y nos habla minuciosamente de sus novelas; dice que se le acusa de haber hablado en todas ellas muy *claramente* del amor, y significa que Trigo se expresó así, porque unía el espíritu y la materia espiritualizando ésta. Al darnos detalles de su vida, lo presenta como muy amante de su hogar y de su familia. En la película aparece primero en el Casino de Madrid, y después en su lujosa residencia, acompañado de sus seis hijos. A la hija mayor, doctora en Medicina, se la ve distintamente al descender las escaleras del jardín, enseñar una calavera a su padre. Esta película fué hecha meses antes de suicidarse el fecundo novelista.

También nos presentó oral y gráficamente, a Carrère y a Azorín, exponiendo las grandes dotes literarias de estos notables escritores. Continúa dando sendos detalles de Ricardo León, Blasco Ibañes, Hoyos y Villaespesa.



Termina el acto con una película tomada en el «Lion d'Or», de Madrid, en la que aparecen los novelistas Emilio Carrère, Hoyos, Villaespesa, Pedro de Répide y otros.

El señor Zamacois, al despedirse del proscenio, recibió una cálida ovación.

El público salió del Teatro agradablemente impresionado por este nuevo género literario-teatral, del que es creador el ilustre conferencista, y en el que se unen a la descripción amplia, de género, estilo y escuela de cada autor de los citados, el conocimiento personal, íntimo, así como también algunas de sus anécdotas, que indudablemente amenizan la conferencia.

Reciba el señor Zamacois por su éxito franco de anoche, una mayúscula enhorabuena de este minúsculo cronista.

L. P. R.

(De *Heraldo de las Antillas*.)



## MOTIVOS

### BLANCA DE ARAGÓN

Niña adorada,  
la de los rojos labios de fresa,  
la más bonita, la más graciosa, la más amada,  
¿quieres decirme si tú lo sabes por qué desmayo  
cuando me besas?

Yo que he gustado  
besos ardientes como carbones,  
y en un delirio de amores viles, desenfrenado,  
he puesto nota de libertino con mis acciones,  
¿por qué en tu boca,  
la roja boca de mi embeleso,  
gusto mezclado con dulces mieles, amargo acíbar  
que me sofoca?

¿Por qué en los besos de otras mujeres  
yo no he sentido lo que en tu beso?

Casto Pino



## Las primeras víctimas de la colonización

(1493)

Por una orden del rey Don Fernando, el Católico, fechada en Burgos en 20 de Diciembre de 1507, la Casa de Contratación de Sevilla quedó obligada a pagar varias cantidades a los herederos de los individuos que hubieran muerto «en las Indias y su carrera». En 1511 la Casa de Contratación mandó hacer pregones llamando a los que aún no habían cobrado.

Y en el escrito en que así consta, el cual sirve

para probar, entre otras cosas, la afirmación de que los exploradores que fueron con los primeros héroes del descubrimiento eran tan estimables como los agregados de cualquiera de las Embajadas o Legaciones actuales de las naciones europeas y americanas, en ese escrito se leen las siguientes líneas:

«Parece por una nómina de sus altezas, que el año pasado de 1492 años fueron con el almirante don Cristóbal Colon, por mandado de sus altezas, a descubrir con tres carabelas, en el cual viaje descubrió la Isla Española; y el dicho almirante dejó ende treinta y siete personas de las que consigo llevó, las cuales, cuando el dicho almirante volvió desde España a poblar la dicha isla, con diez y siete naos de armada, halló que los indios de la isla los habían muerto: los nombres de los cuales son los siguientes:

Alonso Mendez de Mendoza, de Sevilla; Alvar Perez Osorio, de Castrojeriz; el bachiller Bernardirno de Tapia, natural de Ledesma; Cristóbal del Alamo, natural del Condado de Niebla; Castillo, platero, natural de Sevilla; Diego García, de Jerez; Diego de Tordoya, de Cabeza de Vaca; Diego de Capilla, del Almadén; Diego de Torpa; Diego de Mambles, natural de Mambles; Diego de Mendoza, de Guadalajara; Diego de Montalban, de Jaen; Domingo de Bermeo; Francisco Fernandez; Francisco de Godoy, natural de Sevilla; Francisco de Vergara, de Sevilla; Francisco de Aranda, de Aranda; Francisco de Henao, de Avila; Francisco Jimenez, de Sevilla; Gabriel Baraona, de Belmonte; Gonzalo Fernandez de Segovia, de León; Gonzalo Fernandez, de Segovia; Guillermo Ires, natural de Galney, en Irlanda; Hernando de Porcura; Ires Jorge Gonzales, natural de Trigueros; Juan de Uruiga; Juan Morcillo, de Villanueva de la Serena; Juan de Cueva, de Castuera; Juan Patiño de la Serena; Juan del Barco, del Barco de Avila; Juan de Villar, del Villar; Juan de Mendoza; Martin de Logrosan, cerca de Guadalupe; Pedro Corvallo, de Cáceres; Pedro de Talavera; Pedro de Foronda; Sebastián de Mayorga; Tallarte de Lajes, inglés, y Tristan de San Jorge.

»Y si algunos herederos de los dichos difuntos hubiere, vayan a la Casa de Contratación de Sevilla, con los poderes y probanzas bastantes, e luego los oficiales de sus altezas se los pagarán, conforme a lo que Su Alteza, por su nómina fecha en Burgos, a veinte de Diciembre de mil quinientos siete, manda pagar por descargo suyo y de la Reina Doña Isabel, nuestra señora, de gloriosa memoria.»





## CONFERENCIA DE ORTEGA Y GASSET

### “Sobre España y América”

Conviene que empecemos a aprender respeto para con los pueblos americanos. No han tenido éstos, y especialmente la Argentina, suerte con nuestros enviados, fracasados aquí y allí; como tales, mientras permanecieron por aquellos países no cesaron de lisonjearlos; pero luego que regresaron se dedicaron a denigrarlos. Se pretendía que había en la Argentina, en la América española, en general, un afán de imitar todo lo europeo, lo francés, sobre todo. Pues, bien; a la Argentina, a la América hispana, han ido los más ilustres representantes de la intelectualidad europea, y no los han escuchado, porque no iban con pureza, con cordialidad. Y allí donde estuvieron sordos para los que hablaron sin amor, fué escuchado con atención un humilde meditador español, porque habló con verdad. Y habló sin adularlos. Sus últimos adioses fueron las primeras alabanzas.

Para comprender cuál sea la misión española en América, tomemos como modelo la República Argentina.

Es la Argentina un gran pueblo llamado a grandes fines. Su raza criolla tiene una gran potencia directriz, un gran poder imperativo, que le ha permitido siempre y le permite ahora sobreponerse a toda agena ingerencia. Posee firmes resortes de gobierno. Y hay en sus hombres una serenidad, una clarividencia tal, que hacen de la Argentina la más grande de las realidades en la hora presente de América.

Asegurada su prepotencia política, su constitución social, se prepara ahora para los altos modos del espíritu. Aquí es, precisamente, donde podríamos ayudarle.

En tanto que en la vida pública, la Argentina es muy superior a España, en la vida del espíritu podríamos llevarle efluvios de arte, de pensamiento, de costumbres delicadas. ¿Por qué no hacerlo?

Es condición esencial para ello que hagamos una España para América; es preciso crear, ante todo, hombres del arte, de la ciencia, de las técnicas.

Sin duda, el más grave defecto que ha padecido España ha sido su incapacidad para distinguir entre los mejores y los peores; y con harta frecuencia los primeros han estado supeditados, postergados por los segundos. He aquí la rueda catalina de nuestra decadencia.

Ha habido en España una gran dificultad para distinguir al discreto del necio; y como un decidido empeño en anular a los escogidos. Esto se lo pueden permitir pueblos ricos en minorías selectas. Mas España ha sido siempre un pueblo de pueblo. Pensemos en su poesía popular, en su arte anónimo. Ha sido el pueblo quien ha hecho la historia de España, no sus genios.

Lema de toda obra redentora debe ser este: «El hombre adecuado, en el lugar adecuado». No estamos para desaprovechar ni un adarme de los contados hombres ejemplares que estelan nuestra vida. Estamos obligados a reconquistar la estima perdida.

Contra las opiniones que se han formado de España no hemos de ir con palabras. Esas opiniones desfavorables son hechos fatales. Y contra los hechos sólo se combate con otros hechos.

Del amor—que, en frase del poeta, mueve al sol y a las otras estrellas—hacemos a menudo un vil engaño. Del patriotismo—que es como la urdimbre que entreteje a los pueblos en el tapiz de la historia—solemos hacer una vana palabra. No suplantemos las realidades con palabras, avecillas sonoras que van de oído a oído como un rumor de las cosas.

No es el mejor patriotismo el que en toda ocasión y momento habla de Hernán Cortés, Otumba y Lepanto; yo creo que hay otro más meritorio; y si alguien me dijera que el suyo era mejor, yo repetiría las palabras del Hidalgo inmortal, cuando el crepúsculo abría sus rosas de púrpura en los campos de Montiel: «Considera, hermano Sancho, que nadie es más que otro mientras no haya más que otro.»

No traigamos a colación a toda hora el pasado glorioso. Resuena demasiado; apagaría nuestra voz. Sólo debemos recordarlo en esos momentos de íntimo recogimiento.

El patriotismo es una delicadísima virtud. Sabemos bien que se ha definido la virtud de un modo demasiado abstracto. Se ha considerado el deber como una suerte de imperativo que obliga a los hombres a ser lo que no son. Nada más inmoral que esta moral absoluta. Nada más antihumano que colocar a los hombres en situación de que se estimen fracasados. Ya ese sentimiento de fracaso les lleva ese no poder hacer lo que se cree un deber. La virtud no puede ser negación de lo real. La virtud es una reflexiva potenciación de lo que somos y de lo que nos rodea; de los instintos, que como poderes elementales nos van empujando por la vida. La vida es como un mar: el viento es el instinto, y la ténue lona que recoge ese



bronco viento e impulsa la nave, es la virtud; de igual modo que de las flores de la selva se fabrica el perfume de salón.

Nuestra alma moviliza sus energías por igual hacia dos frentes. Una mitad del alma mira al pasado; otra, al porvenir. Pues, bien; la patria no es sólo el pasado. Como decía Nietzsche, la patria no es sólo la tierra de los padres, es también la tierra de los hijos.

¿Cuál es nuestro patriótico deber con el pasado? Los hombres que tienen su espíritu combado hacia él, reducen a lo pretérito todo su patriotismo ditirámico. Inocente manía, si no implicase un grave error; porque así, aquellos trozos del pasado que no fueran gloriosos estarían exentos de ese sentimiento, y los pueblos jóvenes, por no tener pasado, carecerían de patriotismo.

El patriotismo es una virtud de fidelidad. Patriota es el hombre fiel. Cuando se mira a redro tiempo, el hombre leal y fiel, consigo mismo, no se enorgullece de las caídas y pecados que encuentra en su pasado; sufre y se duele de ello. Con mirada enternecida mira esas caídas como tuyas; se siente uno con su pasado, y así es responsable de él. A sentirnos uno con nuestra vida, nos obliga la virtud de la fidelidad. Y el patriotismo es la fidelidad, con respecto al pasado de la patria, sea glorioso o triste; y aun más con las horas amargas, que con las felices. Es esto la más noble virtud. Que ser únicamente solidario de las horas triunfales, podrá ser un buen negocio; pero serlo de los momentos difíciles es un ejemplar ejercicio de virtud.

En verdad, os digo, jóvenes sevillanos, que en el dolor nos hacemos y en el placer nos gastamos.

Mas frente al patriotismo del pasado, existe y es necesario otro del porvenir.

La patria, en su dimensión de futuro, es como lo que pensamos y postulamos por la mañana, al despertar, que debemos hacer durante el día: ensayar el nuevo negocio, pensar la nueva idea, criticar el viejo tópico... El patriotismo es también el afán creador, el ímpetu innovador de las realidades del mañana.

De esta suerte el pleno patriotismo será aquel que acierte a fundir rítmicamente la fidelidad con el pasado y el entusiasmo por lo futuro. De uno y otro necesita nuestra raza.

Cuando vagaba por América no cesaba de pensar en España. Ved cómo la imaginé atravesando las Pampas. En la llanada inmensa se me apareció como una sembradora que al bolear el grano fuese sembrando pueblos, que hoy hacen la historia del mundo. Aquella visión es todo un

símbolo. En nombre de ella os habló; y para ella, para España, para Nuestra Señora la sembradora, os pido amor, fe, entusiasmo.

Hombres jóvenes de Sevilla, tened, ante todo, el orgullo de nuestra patria.

Un día Castilla cumplió con su destino, porque tuvo la energía de unificar los instintos periféricos. Ahora, ya que Castilla nos dió su sangre, es menester que sobre la haz de la historia, en el solar de la patria resuenen las voces de la periferia española: que cada ciudad sienta la noble dignidad de sí misma: que sea Castilla el corazón inmenso que concierte todas las melodías peninsulares.

Yo, como castellano, os pido a vosotros que, ante todo, seais sevillanos; que veleis por esa tradición que os ha hecho sede de la sapiencia, para que la Patria pueda decir de vosotros, como el Rey sabio: «Sevilla no me ha dejado.»

\* \* \*

Al llegar a este punto, el humilde reporter no pudo seguir con su pluma el lírico vuelo que emprendió el espíritu de Ortega y Gasset, al evocar los latidos de su corazón, errabundo y apasionado.

(De *El Liberal* de Sevilla)



## ACADEMIA ANTILLANA DE LA LENGUA

Así se denomina una de las varias instituciones creadas por el merítísimo hispanófilo don José de Diego para laborar constantemente y asiduamente en favor de la alianza espiritual de la raza hispanoamericana.

El lenguaje es la exteriorización de la conciencia íntima de los individuos y de las colectividades. «El pueblo que para designar a un individuo de la raza de color—son palabras del señor de Diego—dice *un negro hombre*, anteponiendo la accidentalidad del color a la esencia del ser humano, no puede igualarse nunca con el que dice *un hombre negro*.» Y lo de menos importancia es el vocablo o los vocablos empleados: lo de verdadera transcendencia está en la construcción o en la sintaxis gramatical.

La Academia Antillana de la Lengua... de la Lengua Española, naturalmente, es decir, de la lengua de los descubridores, de los colonizadores, de los civilizadores, de los sembradores de la riqueza de América... la Academia Antillana, estatuida para las tres grandes antillas Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, tiene por objeto la unidad, la conservación y el enriquecimiento de la lengua madre.



Dicha Academia se inauguró oficialmente en el día memorable de 23 de Abril de 1916 en su centro y domicilio principal de la ciudad de San Juan de Puerto Rico.

La Academia Antillana se propone hacer detenidos estudios del vocabulario español en sus relaciones con la lengua inglesa, y de los anglicismos usados en los pueblos de origen español. Sin duda la Academia advertirá desde luego que el verdadero peligro y el más grave daño para la lengua de los Pinzones y Ponces de León no está precisamente en las palabras aisladas, sino en los giros y en las frases hechas.

En América, desgraciadamente, se escribe mucho en anglosajón con palabras españolas.

Y muy bien puede ser intencionada la obra de los norteamericanos de traducir sus libros y dar algunas enseñanzas en una jerga llamada española. La mejor manera de perjudicar

la tradición, la raza y la influencia de España es la de adulterar la sintaxis de su idioma, porque de esa manera la lengua civilizada que resonó primeramente en América dejaría de ser la representación de la colectividad española y se convertiría en el eco servil y confuso de los mercaderes y compradores de pueblos de los tiempos modernos.



## PÁGINAS MAGISTRALES

# A la luz de la Luna

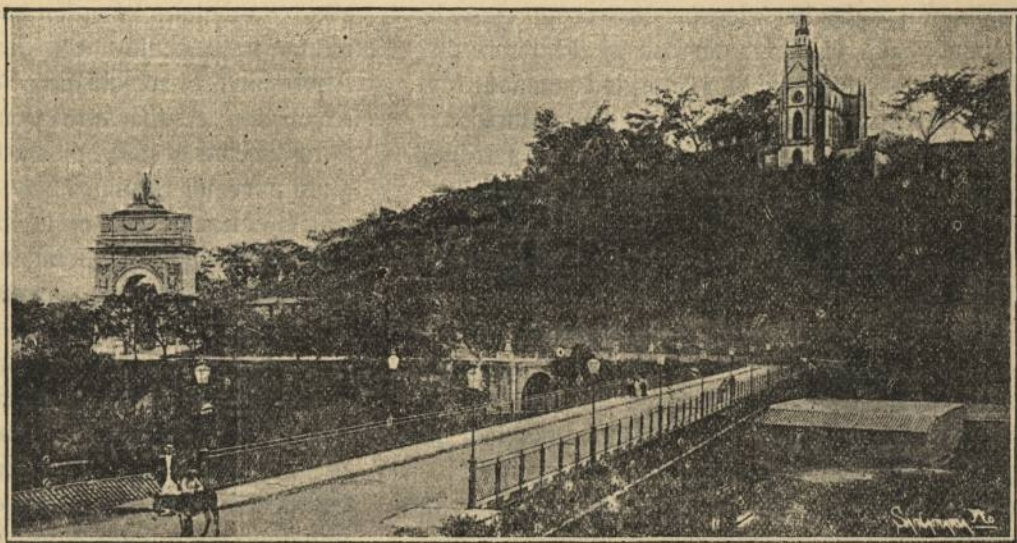
Noches pasadas iba por el campo charlando con un joven amigo recién salido de la Escuela Politécnica, el cual posee un espíritu tan expansivo como lógico.

Paseábamos por una despejada llanura bordeada a mano izquierda de redondos ribazuelos eslabonados por breves praderas en forma de barrancos. La luna llena iluminaba el espacio transparente y terso, y las estrellas, pálidas y remotas, tenían una dulzura que enternecía. El blanco camino se prolongaba ante nosotros y se perdía a lo lejos en

el misterio del horizonte, bañado de luz y de sombras: aquel camino parecía conducir de la realidad al ensueño.

«Sí, decía yo, lo que me disgusta en la sociedad presente no es precisamente los sufrimientos materiales que un régimen mejor podría dulcificar, sino las miserias morales que fomentan el estado de lucha y una monstruosa desigualdad.

»El trabajo debiera ser una función y una alegría, y no es frecuentemente más que una servidumbre y un sufrimiento. Debiera ser el combate



CARACAS.—El Viaducto de la Unión

de todos los hombres unidos contra las cosas, contra la fatalidad de la naturaleza y las miserias de la vida, y sólo es el combate de los hombres entre sí, disputándose los goces por medio del engaño, oprimiendo a los débiles y realizando todas las violencias de la concurrencia ilimitada. Aún entre los que llamamos felices, apenas si anida la felicidad, porque los han cogido con sus dientes las brutalidades de la vida; ni siquiera tienen el derecho de ser equitativos y buenos so pena de ruina; ¡y en este estado de universal combate, los unos son esclavos de su fortuna como los otros lo son de su pobreza! Si; arriba y abajo, el presente orden social sólo engendra esclavos, pues no pueden llamarse hombres libres los que no tienen tiempo y fuerza de vivir por los elementos más nobles de su espíritu.

»Y si miráis hacia abajo ¡qué pobreza, no digo ya en los medios de vivir, sino en la vida misma! Veo esos millones de obreros que trabajan en las fábricas y en los talleres; ningún derecho tienen en esas fábricas y en esos talleres. No tienen ningún derecho sobre la máquina a que sirven; ninguna parte de propiedad en las inmensas herramientas que la humanidad ha forjado pieza a pieza:



son extranjeros en el reino del poder humano; son casi extranjeros en la civilización humana.

»Las minas, los canales, los puertos, las vías férreas, las aplicaciones prodigiosas del vapor y de la electricidad, todas las grandes empresas que fomentan la potencia y el orgullo del hombre: nada son en todo eso, nada más que instrumentos inertes. No se asientan en los consejos que deciden de las empresas y las dirigen: éstas se encuentran entre las manos de una clase restringida, que goza toda la alegría de la actividad intelectual y de las grandes iniciativas, como goza igualmente todas las alegrías que proporciona la fortuna, y que le harían dichoso si el hombre pudiera serlo excluido de la solidaridad humana. Millones de trabajadores hay que están reducidos a una existencia inerte y maquinal. Y, cosa terrible, si mañana pudiera reemplazárseles por máquinas, nada habría cambiado en la humanidad.

»Por el contrario, cuando el socialismo haya triunfado; cuando el estado de concordia haya sucedido al de lucha; cuando todos los hombres tengan su parte de propiedad en el inmenso capital humano y su parte de iniciativa y de voluntad en la inmensa actividad humana, todos también alcanzarán la plenitud de fuerza y alegría; en los más humildes trabajos manuales se reconocerán cooperadores de la civilización universal, y ese trabajo, más noble y fraternal, lo regularizarán de tal suerte que no les falte nunca algunas horas de vagar para reflexionar y sentir la vida.

»También comprenderán mejor el sentido profundo de la vida cuyo fin misterioso es el concierto de todas las conciencias, la armonía de todas las fuerzas y de todas las libertades. Amarán y comprenderán mejor la historia, que será su historia, porque ellos serán los herederos de toda la raza humana. En fin, comprenderán mejor el universo; pues al ver en la humanidad el triunfo de la conciencia y del espíritu, barruntarán pronto que ese universo del que la humanidad ha surgido, no puede ser en el fondo brutal y ciego, sino que tiene un alma difusa, y que hasta el universo mismo no es más que una inmensa y confusa aspiración hacia el orden, la belleza y la bondad. Con otros ojos y otro corazón mirarán los hombres a sus hermanos; a la tierra y al cielo; a la roca y al árbol; al animal, a la flor y a la estrella.

»He aquí por qué es permitido pensar estas cosas en pleno campo y bajo el cielo estrellado: sí, podemos tomar como testigo de nuestras sublimes esperanzas a la noche sublime en donde secretamente se elaboran los mundos nuevos; podemos asociar a nuestro ensueño de dulzura humana la inmensa dulzura de la noche serena.»

—«Enhorabuena, repuso el joven ingeniero; pero ¿por qué no habláis de progreso social simplemente? ¿Por qué habláis de socialismo? El progreso social es una realidad y el socialismo no es más que una palabra. Es el nombre de una secta poco numerosa, enfática o violenta, y dividida contra sí misma: no es una fuerza seria de progreso. Es posible que las soluciones propuestas por el socialismo se adopten gradualmente; pero de fijo que no serán los socialistas quien las haga triunfar. Jamás habrá gobiernos que obren o legislen en nombre del socialismo; porque un gobierno, aun para mejorar el orden actual y crear un orden nuevo, se sustenta necesariamente en lo que es. Ahora bien, el socialismo se dá aires de ser una revelación centelleante y un nuevo Evangelio, y para suscitar el porvenir busca su punto de apoyo en el porvenir mismo.

»Efectivamente; en la sociedad actual se han dado ya todos los elementos del problema y las soluciones indicadas, o cuando menos esbozadas. La solución del problema social está contenida íntegramente por la libertad política, en los progresos de la instrucción popular, en el derecho reconocido de sindicarse los trabajadores. Pues bien; la libertad política existe ya; la instrucción, una instrucción cada día más elevada, se infunde en el mundo del trabajo, y los trabajadores poseen el derecho de agruparse.

»Más instruidos, colaborarán por medio de la imaginación y de la inteligencia en todas las grandes empresas humanas, y cuando su valor interior y personal se haya acrecentado, recobrarán por sí mismos, mediante una acción irresistible de adentro a fuera, sobre el régimen social. Por ejemplo; si todos los niños del pueblo contraen en la escuela, gracias a una enseñanza viva y bien administrada, el gusto y la necesidad de la lectura, es imposible que esta necesidad universal no asegure a los trabajadores, en un trabajo mejor distribuido, algunas horas para los regocijos del espíritu. Además, cuando comprendan mejor todo el mecanismo de la producción y del cambio, cuando sepan exactamente el estado de las industrias y de la suya en particular, cuáles son los mercados, cuál el capital invertido y cuál el que se necesita para fomentarla; libres entonces, instruidos y asociados, penetrarán por la fuerza de las cosas en los consejos administrativos de las grandes empresas anónimas, y en seguida, aunque poco a poco, en la dirección de las empresas de mediana importancia. De ahí pueden llegar a la participación en los beneficios, en la autoridad, en el poder económico.

»Lo repetiré otra vez: todo eso se realizará



sin trastornos, y nos veremos al término del socialismo en nuestro camino. Los viejos marinos hacen creer a los neófitos que yendo de uno a otro polo se encuentra la línea ecuatorial, tensa y resistente, en la superficie del mar. No, no es posible encontrar la línea, y a menos de realizar cálculos minuciosos, se rebasa sin notarla: de igual modo se rebasará la línea socialista.

»Los hombres del 48, a los que tanto parecís estimar, eran generosos, pero irritantes. No hablaban del Porvenir sin mayúscula, y lo oponían al Pasado y al Presente como un arcángel de luz a un demonio de tinieblas. El soplo del Porvenir lo sentían continuamente pasar entre sus largos cabellos y por su lengua barba. Esperaban al hombre del Porvenir, a la sociedad del Porvenir, a la ciencia del Porvenir, al arte del Porvenir, a la religión del Porvenir. Hasta creo que el modesto sol que nos alumbra era muy mediocre para ellos que esperaban el sol del Porvenir.

»Se figuraban que el fuego y el hervor de las almas iba a suscitar una sociedad nueva como el fuego interior de la tierra puede suscitar nuevas montañas: en estas esperanzas había mucho orgullo, pues por de contado se consideraban ellos como los ordenadores de la nueva sociedad, y las nuevas cimas el pedestal sobre que ellos se erigiesen. ¡Ilusiones de la generosidad! ¡Quimeras de la vanidad! La sociedad humana tiene, como la tierra, una forma casi definitiva; sin duda habrá transformaciones, pero no extraordinarias reconstrucciones. Nunca habrá revoluciones sociales como no hay revoluciones geológicas.

«El progreso humano ha entrado en un período silencioso que no es el menos fecundo. Pascal decía contemplando el cielo que entolda nuestras cabezas: «Me espanta el silencio eterno de esos espacios infinitos.» Yo me consuelo y regocijo cuando terminan las polémicas de la prensa y toda nuestra agitación verbal subsiguientes a los períodos electorales. El universo sabe realizar su obra sin ruido, sin ninguna declamación charlatanesca en las alturas, sin que ningún programa coruscante se intercale en la tranquilidad de las constelaciones. Yo creo que la sociedad ha entrado en un período dichoso en que todo se hace sin ruido y sin sacudidas, porque a todo preside la madurez: habrá reformas y aun grandes reformas, pero se realizarán sin apenas mentarlas, sin turbar la dulce paz de las naciones, como la caída del fruto maduro no altera los bellos días de otoño; la humanidad se elevará insensiblemente hasta la justicia fraternal, como la tierra que nos sustenta se eleva por silenciosa gradación hasta los horizontes estrellados.»

—«¡Oh, mi querido amigo; cuánta prisa tengo de responderle, y qué cosas debo decirle!

—«No; no me conteste esta noche. Mire y escuche. Mientras nosotros discutimos y soñamos en el porvenir, todo lo que vive, todo cuanto existe, se abandona a la alegría de la hora presente y a la inmediata dulzura de la noche serena. Los campesinos acuden en grupos a la granja para despojar de sus hojas a las espigas del maíz, y vienen cantando a coro; la culebra, súbitamente despierta, se sobresalta y vuelve a dormirse en el misterio de la espesura. En los rastros, en las secas praderas los pobres animalillos siguen cantando: su música no es estallante e innumerable como en las tibias noches de primavera o en las cálidas del estío; pero seguirán cantando hasta que el invierno hiele. En medio de los campos resplandecen las fogatas de yerba seca, atenuadas y dulcificadas por la claridad de la luna: diríase que el espíritu de la tierra flamea y se asocia a la radiación misteriosa del cielo. Los canes vagabundos ladran al carro rezagado que precedido de una linterna y arrastrado por un asno se mueve en el camino. El mochuelo maúlla de amor en el castañar, y las castañas maduras caen con un ruido pleno y ruedan a lo largo del valle. Croa la rana al pie de la fuente; brilla el cielo; canta la tierra. Dejemos hacer al universo; él tiene alegría para todos; es socialista a su manera.»

Juan Jaurés

(De la revista «España».)



## Intereses huelvanos

Con el título que encabezamos estas líneas ha publicado el distinguido Abogado de este Colegio don Guillermo García y García, un folleto tratando de la Compañía de Río Tinto y nuestro Puerto.

Agradecemos al señor García la atención de habernos enviado su interesante trabajo, y sin reservas le aplaudimos sus buenos deseos.

El autor del folleto resuelve, desde su punto de vista, cuestiones que son capitalísimas en la vida de Huelva, y que por lo mismo despiertan apasionamientos como todas las luchas de intereses.

Nos alegramos ver al señor García, que es un publicista, salir de su apartamiento y actuar en la vida colectiva.

Hombre discutido—señal inequívoca de que no pertenece al montón—nuestro convecino debe abandonar la crítica negativa y humanizarse para que su cultura, su actividad y sus energías sean beneficiosas.



Encerrarse en su torre de marfil, creer que lo que pensamos o sentimos es lo mejor, o lo único, aísla, agría el carácter y se refleja en la viscera de las tristezas.

Se lo decimos al señor García con toda sinceridad—si lo echa a mala parte, no se ha curado—escriba; no estamos tan sobrados de hombres que se ocupen de nuestra vida espiritual y el autor del folleto «Intereses Huelvanos» es un intelectual de verdad y una personalidad hecha por su propio esfuerzo.

Aunque el señor García suele conceder poco a los demás—es su daño—le hacemos justicia, no favor. ¿Podríamos, en cambio, pedirle que continuara haciéndose amable?

Aunque en el fondo se tenga una gran rigidez de principios, la forma debe ser atrayente, agradable.

Tolerar, es la primera virtud; y a veces compadecer y reír es manifestación de una gran superioridad.

Ría francamente el señor García para su bien y para el de los demás.

J. M. C.



Llamamos la atención de los comerciantes e industriales acerca del gran desenvolvimiento del comercio entre España y América.

«LA RÁBIDA» es el mejor medio de propaganda para los productos de nuestra región.

Hemos recibido *España Nueva*, importante publicación, defensora de los intereses españoles en el Brasil.

Con gusto establecemos el cambio.

Debido a gestiones del Presidente de la Sociedad Colombina, se organizarán en algunos pueblos de la provincia Sociedades que, relacionadas con la benemérita Sociedad de la capital, sirvan de centros de propaganda del ideal hispanoamericano y elementos culturales que lleven a la vida de los pueblos algo que no sea la política.

Estas sociedades pudieran ser la base de un intercambio de ideas, pues se organizarían excursiones y conferencias que intensificarían la vida intelectual provinciana y alentarían a la juventud.

Nuestro querido amigo el Excmo. Sr. D. Javier Sanchez-Dalp, escribe al Presidente de la

Colombina comunicándole que ha podido completar los muebles auténticos que había ofrecido para las habitaciones de la Sociedad en el Monasterio de la Rábida y que tendrá la satisfacción de enviarlos pronto.

La eminente arqueóloga y entusiasta colombina Mis Elena Wishaw, ha tenido la amabilidad de enviarnos el folleto «Museo de Alfarería y labores andaluzas», editado a sus expensas, y en el que enumera cuanto contiene el interesante y artístico Museo formado por esta mujer inteligente y verdadera hispanófila.

También ha tenido la bondad de mandarnos la conferencia que pronunciara en Sevilla y que constituyó un extraordinario éxito.

Mis Elena Wishaw es acreedora a la gratitud general.

Hoy lleva a cabo en Niebla una labor grandemente beneficiosa para las ciencias arqueológicas y de gran influencia en la cultura de todo el Condado, haciendo fijar la atención pública en los tesoros que encierra la antiquísima ciudad de Wabonso, luego córte de reino taifa y más tarde cabeza del Condado de su nombre.

Por interés de Huelva rogamos a los socios de la Colombina que asistan a la Junta general que reglamentariamente se celebrará en Marzo, a fin de elegir Directiva por haber terminado el tiempo para que fué nombrada la actual.

En esa Junta deben resolverse los distintos problemas que la Colombina tiene planteados si han de cumplirse las aspiraciones de los hombres que vienen trabajando constantemente y sin perdonar esfuerzos y sacrificios por la patriótica Sociedad.

En nuestra opinión, y así lo aconsejamos a la Directiva, la Junta general la haríamos pública, citando por medio de una convocatoria, aunque con arreglo al Reglamento no pudieran tener voto más que los socios.

Hay que llevar a todas las clases de Huelva el espíritu de la Colombina.

## ANUNCIOS BREVES

**Servicios de carruajes:** Está a disposición del público en la plaza de las Monjas, durante el día y la noche, el esmerado servicio de coches propiedad de don José Vizcaya.